

Encuentro de la fraternidad**1. COMPARTIMOS**

- ❖ *Lo que destaco del texto* del Proyecto de Vida del MCH, sobre la espiritualidad.
- ❖ “Para nosotros, la familia, las ocupaciones laborales, las relaciones sociales, nuestra implicación en el mundo... tienen un **valor sacramental**. Son espacios privilegiados de comunión con Dios. Desde ellos, manifestamos la profundidad que se esconde en lo cotidiano, y damos testimonio de Jesús y su Evangelio”.

Comparte alguna experiencia que expresa la traducción de este espíritu.

- ❖ ¿Cómo nos gusta **definir la espiritualidad marista**? ¿Cómo la expresaríamos con un dibujo, diseño, símbolo...?

2. NOS ENRIQUECEMOS

- ❖ Dice el Proyecto de Vida que la espiritualidad marista es la *“Espiritualidad de la mirada contemplativa, la que sabe escudriñar la existencia de un modo habitual para encontrar a Dios que está en el sustrato de nuestra vida”*. El h. Emili en estas páginas de su Carta, habla de **Conocer a Dios de oídas o encontrarse con El**.

Su lectura atenta puede motivar un rico intercambio en la fraternidad:

- ¿Qué palabras nos resuenan del texto con más fuerza y sentido?
- ¿Confronta el texto alguna dimensión o forma de expresar nuestra fe?
- ¿Nos da alguna pista nueva de camino espiritual?
- ¿Qué decimos de nuestra experiencia de Dios, de nuestro encuentro con El?

A. **JOB: CONOCER A DIOS DE OÍDAS O ENCONTRARSE CON EL**

La Valla: casa de la luz. h. Emili Turú

En la situación religiosa actual destaca el hecho de una sensibilidad que busca la experiencia directa de Dios. Parece recorrer todas las religiones y confesiones. Junto a este hecho, escuchamos las voces de personas religiosas relevantes, entregadas a la experiencia de lo divino y a ayudar a otras personas en ese proceso, que advierten del cambio religioso que está sucediendo. Un cambio, a su juicio, profundo, radical.

Se trata, según ellos, de un paso más en la evolución de la conciencia religiosa. Un nuevo *tiempo axial* o *tiempo eje*, que algunos caracterizan como la fase inicial del paso de la conciencia mental, cognitiva, a la conciencia transpersonal o mística.

Sería este cambio de nivel místico el que hoy estaría impulsando el cambio religioso más fundamental. Por esta vía camina la transformación no sólo del cristianismo, sino de la religión misma. Así lo reconocía la Asociación Ecuménica de Teólogos/as del Tercer Mundo en 2012, hablando de *un tsunami cultural y religioso, de una metamorfosis que tal vez nos hará difícil reconocernos a nosotros mismos en un próximo futuro*.



El jesuita William Johnston publicó un libro titulado *Mística para una nueva era*, cuyo subtítulo sugiere por dónde va ese cambio profundo: *De la teología dogmática a la conversión del corazón*.

Se trata de adquirir una **sabiduría** distinta de la teológica: *Va más allá del razonamiento y del pensamiento, más allá de la imaginación y de la fantasía, más allá de un antes y un después, hasta adentrarse en la realidad intemporal.* En otras partes del libro, haciéndose eco del malestar en la Iglesia católica por la rigidez de las normas de la curia vaticana y el anquilosamiento de la vida espiritual, indica que se trata de recuperar la dimensión e experiencia íntima del misterio de Dios y de la experiencia de la unidad con él.

E. Biser dirá que la actitud que ha predominado se parece a la de un estar frente a una fachada grandiosa, como la de una catedral gótica, pero sin atravesar el umbral. Un buen número de creyentes estarían *fuera*, entretenidos mediante doctrinas, morales, leyes, ritos, pero con poca o escasa densidad. Al final, es una religiosidad muy epidérmica, muy externa, y que no ha penetrado en las entrañas de cada creyente.

Se acerca la hora en que se comprenderán mejor los signos de este tiempo. Presiento el inmenso esfuerzo intelectual y religioso que hay que hacer para salir de los modos de pensar, de los ideales, de las evidencias incontroladas e implícitas que alimentan nuestra vida intelectual, nuestras construcciones y nuestros juicios. No hay que estar instalados. Es necesaria una deportación religiosa e intelectual, un exilio que antaño se buscaba en el desierto, un cambio de situación que antes uno buscaba marchándose. Estamos terriblemente instalados en la vida. La situación privilegiada del funcionario, seguro de su sustento cotidiano; la familia; la vejez; el papel social; nuestra clase; nuestra nación; nuestra época... todas estas fuentes de estabilidad, que a menudo se convierten en estancamiento. Nada grande, nuevo, creador pueden hacer los que no son capaces de vivir aquí abajo como deportados. (Marcel Légaut).

La profunda transformación que experimentan las religiones invita a un *giro hacia la interioridad*: a la vivencia de la unidad con esa **Realidad última** que nos envuelve y que denominamos Dios. La búsqueda de esta unidad es el núcleo de todas las religiones. En este sentido, es una religiosidad que sobrepasa o trasciende toda religión o confesión. Como decía Paul Tillich, *la verdad está en la profundidad*, lo cual abre la posibilidad de un interesante encuentro con las otras religiones no desde la discusión teológica o doctrinal, sino por la vía de la profundización hacia ese *Centro* o núcleo al que apuntan todas las religiones.

El arzobispo anglicano Rowan Douglas Williams fue invitado a hablar a todos los participantes en el Sínodo sobre la Nueva Evangelización. Me impresionó la profundidad y la belleza de su reflexión, que refleja claramente ese *giro hacia la interioridad*, e invita a cultivarla:

Ser contemplativo, así como Cristo es contemplativo, es abrirse a toda la plenitud que el Padre desea verter en nuestros corazones. Con nuestras mentes sosegadas y preparadas a recibir, acalladas nuestras auto-generadas fantasías sobre Dios y sobre nosotros mismos, estamos por fin en el punto donde quizás empecemos a crecer... La contemplación está lejos de ser sólo un tipo de



cosa que hacen los cristianos: es la clave para la oración, la liturgia, el arte y la ética, la clave para la esencia de una humanidad renovada, capaz de ver al mundo y a otros sujetos del mundo con libertad -libertad de las costumbres egoístas y codiciosas-, y de la comprensión distorsionada que de ellas proviene. Para explicarlo con audacia, la contemplación es la única y última respuesta al mundo irreal e insano que nuestros sistemas financieros, nuestra cultura de la publicidad y nuestras emociones caóticas e irreflexivas nos empujan a

habitar. Aprender la práctica contemplativa es aprender lo que necesitamos para vivir de una manera verdadera, honesta y amorosa. Es una cuestión profundamente revolucionaria.

Adentrarse por este camino experiencial es participar de algo que es a la vez **don y tarea**. Todas las religiones reconocen que la persona no llega a Dios como fruto de su esfuerzo personal y, en este sentido, sólo lo encontrará como un don que se le ofrece.

En Ryōan-ji, templo budista en Kyoto (Japón), se encuentra un depósito en piedra esculpida en el cual el agua corre dulcemente sin detenerse nunca. Es un *Tsukubai*, que pudiera traducirse como un *lugar donde hay que inclinarse*, ya que para beber del agua hay que inclinarse, un gesto que implica también oración y reverencia. En este *Tsukubai* hay esculpidos cuatro ideogramas, que pudieran traducirse así: *Todo lo que necesitas, lo tienes ya*. En efecto, el agua llega hasta el *Tsukubai* y se ofrece a todos de manera gratuita, como un don. Pero cada persona tiene que inclinarse, tomar el agua y beberla para que sacie su sed. Es, pues, un don que hay que acoger. Un don que exige una tarea.

El libro bíblico de Job nos narra la historia de *un hombre recto e intachable, que temía a Dios y vivía apartado del mal* (Job 1,1). Un buen hombre, pero que nunca se había encontrado realmente con el Dios vivo. Como sabemos, le ocurrieron un gran número de desgracias, una tras otra, que le obligaron a replantearse el sentido de su vida y su propia imagen de Dios. Vive un proceso personal de purificación y desapego, y finalmente un día puede decirle al Señor: *Te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos* (42, 5).

De manera similar, todos nosotros estamos invitados a recorrer nuestro propio camino de crecimiento espiritual -que es a la vez don y tarea- hasta que podamos decir al Señor, como Job, que lo que sabemos de Él no es porque lo aprendimos de otros, sino porque lo hemos experimentado.

Marcel Légaut (1900-1990), escritor y pensador francés, decía de sí mismo: *Fui profesor de matemáticas en la universidad hasta la edad de cuarenta y dos años. Entonces cambié, de forma bastante brusca, de profesión: me hice pastor de ovejas y ejercí como tal a lo largo de tres décadas, a 1.000 m. de altitud... Si pasé de la función de profesor universitario al trabajo de pastor, fue por haber sentido no sólo que me era necesario encontrar mi propia profundización, mi pleno desarrollo, sino porque, de haber rechazado esa opción –que equivalía a dar un salto en la oscuridad–, algo en mí habría quedado malherido.*

Légaut llevó a cabo su búsqueda espiritual como laico, y descubrió, por propia experiencia, la importancia de responder a *las exigencias* que se van despertando en el interior para no estancarse y seguir avanzando, pues, como decía Santa Teresa, *quien no crece, decrece*:

Elemento importante en mi obra espiritual es la convicción de que sólo se empieza verdaderamente a descubrir qué es la vida espiritual cuando nacen, en cada uno de nosotros, unas exigencias suficientemente propias como para que los demás no las conozcan. De modo que esas exigencias nos personalizan y nos singularizan no porque queramos que nos personalicen o singularicen sino porque, de no seguirlas, nos negaríamos a nosotros mismos. Para mí, la vida espiritual empieza, pues, en el momento en que cada uno de nosotros –cada uno a su hora– descubre, dentro de sí, aquellas exigencias que le son propias y que no se deducen de doctrina, ideología,



disciplina o imitación alguna. Se trata de algo mucho más personal y singular, de manera que quienes están a nuestro lado no tienen por qué conocer esas exigencias de la misma manera que nosotros.

Otra manera de referirse a esas *exigencias interiores* de las que habla Légaut sería la palabra *disciplina*. Todas las personas que quieren cultivar un arte, ya sea música, pintura, poesía, danza, escultura, etc. saben que responden a un don interior, pero que, al mismo tiempo, tienen que seguir todo un proceso costoso para poder sacar lo mejor de sí mismos.

Frecuentemente el aprendizaje se hace de la mano de un maestro, y por eso la palabra disciplina proviene de *discípulo*, y ésta a su vez de la voz latina *discere*, aprender. Es imposible aprender sin disciplina, sin hábitos, sin rigor, sin voluntad ni auto exigencia. Aprendemos cuando estudiamos y practicamos. Aprendemos cuando conectamos también con los sentimientos.

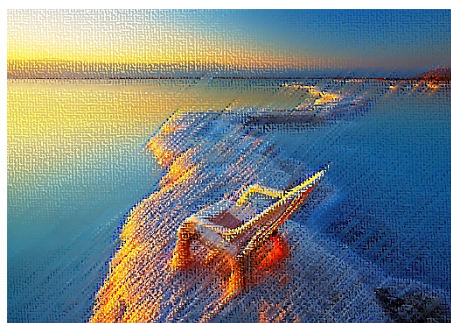
La creatividad, la genialidad, la innovación se integran en un proceso que va de *la incompetencia inconsciente a la competencia inconsciente* en cuatro etapas:

1. *Incompetencia inconsciente*: no sabemos que no sabemos. Somos ignorantes.
2. *Incompetencia consciente*: sabemos que no sabemos. Somos desconocedores.
3. *Competencia consciente*: sabemos que sabemos. Somos aprendices.
4. *Competencia inconsciente*: sabemos y ejercemos con alta competencia sin esfuerzo. Somos maestros.

El camino para pasar del primer al cuarto nivel es arduo, nos pide esfuerzos, renunciaciones, entrega. El proceso no es fácil, pero nos lleva a la realización, a la transformación y, finalmente, a la entrega gozosa a los demás. Y el ingrediente fundamental en todo el camino es la disciplina. No hay que entenderla, entonces, como una exigencia desagradable. Sin ella no habría hábitos, ni desarrollo de habilidades, ni maestría, ni arte, ni cultura. La disciplina conduce a la libertad creativa porque forja nuestra consciencia, sensibilidad y capacidad de hacer crecer a los demás.

Todos los grandes místicos hablan, de una manera u otra, de que los dones se reciben en camino. Si se quiere llegar a la meta, hay que avanzar decididamente. Santa Teresa decía que, para llegar a beber de la fuente de agua viva, hacía falta ***una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediera, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmure, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo, como muchas veces acaece con decirnos: ‘hay peligros’, ‘fulana por aquí se perdió’, ‘el otro se engañó’, ‘el otro, que rezaba mucho, cayó’ ‘hacen daño a la virtud’, ‘no es para mujeres’, que les podrán venir ilusiones, ‘mejor es que hilen’, ‘no han menester esas delicadeces’, ‘bastaba el Paternoster y Avemaría’.***

La disciplina, o mejor, las *exigencias interiores* que brotan en nosotros hacen referencia no sólo a



ciertas prácticas espirituales, sino a la vida entera. *La ética es una piedra preciosa inscrita en el fondo de mi corazón*, dice el autor budista del *Shodoka* o *Canto de la iluminación*. El Espíritu, desde lo profundo de nuestro corazón, nos va ofreciendo indicaciones para que a lo largo de nuestra vida podamos elegir lo que nos da vida y rechazar lo que nos quita energía y vitalidad: *Pongo hoy por testigos al cielo y a la tierra: te pongo delante vida o muerte, bendición o maldición. Escoge la vida para que vivas... Escuchar su voz, vivir unido a él, en ello está tu vida* Dt 30, 19-20

El fruto de todo este camino es la transformación personal, como muy bien explica la misma Santa Teresa en el libro de *Las Moradas*, a través de la imagen del gusano de seda que se transforma en mariposa. Es una imagen muy poderosa, ya que, en la mariposa, insecto alado de fascinantes colores, no queda absolutamente nada del feo gusano de seda. Su ADN es totalmente diferente del ADN del gusano. Es el único caso entre los seres vivientes de cambio total de estructura genética. No se trata, pues, de una evolución del gusano a la mariposa, ni siquiera propiamente de una transformación del gusano en mariposa, puesto que se da la muerte total del gusano. La mariposa es, valga la expresión paulina, *una criatura nueva*.

Esa transformación personal es la base para una transformación social auténtica y duradera. Así lo expresa la Carta de Taizé para este año 2017: *La paz sobre la tierra comienza en el corazón de cada persona. Nuestro corazón tiene que cambiar, antes que nada, y este cambio supone una conversión muy sencilla: dejarse habitar por el Espíritu de Dios, acoger una paz que se expandirá y se comunicará poco a poco. “Consigue la paz interior, y miles en torno a ti encontrarán la salvación”* (Serafin de Sarov, monje ruso, 1759–1833).

No es la revolución interior, mística, un enemigo del compromiso social o político. Ni se quiere decir que la transformación *interna* sea más importante que la acción por la justicia. Las dos llamadas son inseparables: la llamada a *la oración y al compromiso por la justicia*, como dijo el mártir protestante Dietrich Bonhoeffer, escribiendo desde su celda en la cárcel en 1944. *La plegaria auténtica purifica*

la motivación, la verdadera justicia es el trabajo necesario para compartir y liberar en otros la humanidad que hemos descubierto en nuestro encuentro contemplativo (Rowan Douglas Williams)

3. NUESTRA ORACIÓN AL SEÑOR

❖ Momento de silencio e interiorización

“El ejercicio favorito del P. Champagnat era el de la **presencia de Dios**. Lo estimaba más que cualquier otro por inclinación natural, por atractivo y, sobre todo, porque Dios mismo lo dispuso como el medio más directo y eficaz para alcanzar la perfección”.

Para Marcelino consistía en “creer con fe viva y actualizada en **Dios, presente en todo**, que llena el universo con su inmensidad, con las obras de su bondad, con su misericordia y su gloria”.

Por eso a Champagnat “todo le movía a elevar su espíritu a Dios y a bendecirlo; de modo que continuamente prorrumpía en actos de amor, de alabanza y acción de gracias”, “se mantenía **constantemente sumergido en Dios**, no olvidando ninguno de los múltiples compromisos pastorales.

❖ Oración

Oh, Señor,
ve delante de nosotros
para guiarnos,
ve detrás de nosotros
para impulsarnos,
ve debajo de nosotros
para levantarnos,

ve sobre nosotros
para bendecirnos,
ve alrededor de nosotros
para protegernos,
ve dentro de nosotros
para que te sirvamos
por siempre.